



LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ



ENSUEÑO

Acompañó á su amante hasta la puerta de la escalera, y volvió á su dormitorio para entregarse al reposo. Hizo frío; el quinqué colocado sobre la mesilla de noche ilumina la habitación con sus reflejos soñolientos; en los cristales porracea la lluvia.... Y mientras se descibe el corsé y se descalza los zapatitos, Mussette piensa en el dulce Rey de su corazón. Al día siguiente almorzarán juntos y luego irán al Bosque, á patinar, moviéndose á compás y cogidos de las manos, paseando ostentosamente el incendio de su pasión agarena sobre la superficie helada de los estanques, como para burlarse de los indiferentes y de los tibios que no saben amar.





Las Ramblas son para Barcelona, lo que la Carrera de San Gerónimo para Madrid, lo que los *Boulevares* para París, lo que el Cosso para Roma: el sitio más concurrido, la calle más animada y más hermosa de la ciudad.

Días atrás, apoyado de codos en un balcón, mis ojos se divertían contemplando aquella muchedumbre que iba y venía bullendo sin cesar. Bajo la inmensa bóveda del cielo azul el sol derramaba sus torrentes de luz y de calor fortificando las energías de la tierra entumecida por los rigores invernales; entre los árboles jugueteaban centenares de pajarillos parleros; allá lejos sobresalían los mástiles de los buques anclados en el puerto, empenachados con sus gallardetes de intensos colorines; el viento soplabla tibio y cargado de emanaciones marinas, excitante y juguetón como un resoplido lujuriente de primavera; en algunos coches descubiertos pasaban los toreros que habían de lidiar la última corrida de la temporada, y bulliciosas berlinas que huían asustando á los peatones con la balumba infernal de sus campanillas, conduciendo racimos de aficionados que se daban buena prisa en acudir á la clásica fiesta nacional: y por el centro del paseo, aspirando á pleno pulmón las brisas salutíferas del cielo azul, recibiendo los fogosos latigazos del sol y bajo el ramaje de los árboles cuajados de pajarillos picoteros, aquella multitud que oscilaba formando una mareante masa negra, alegre, expansiva, borracha de sol....

¡Cuántas mujeres! ¡cuántos hombres!.... Pasaban á cientos, á miles, en interminable procesión; más numerosos que las estrellas del cielo, y en montones, como las arenitas del mar. ¡Cuántas, cuántos!.... Aquello era un girón de la gran comparsa humana, un río de sangre, una arteria rota....

Yo les veía pasar, pasar.... y la sucesión inacabable de imágenes diversas producía en mi cerebro un malestar semejante al experimentado por el viajero que va en un tren expreso ante el raudo desfile de los postes telegráficos.

Aquello era un arroyo de sangre, una arteria rota, sí; y también la prueba más concluyente, más irrecusable de la fuerza omnipotente del amor. En vago los hipócritas, los timoratos y los ilusos predicaban la castidad, la mortificación y el desprecio de los mundanales regocijos; en vano, también, la costumbre nos amordaza y encadena, aferrándose á nosotros como el muérdago al tronco que lo sustenta; la realidad triunfa de los pudibundos fingimientos del buen parecer y la juventud ardiente y lozana se ríe en las alcobas de cuanto se predica en el libro, en la cátedra ó en el sermón.

Las mujeres iban emperequiladas, provocativas, perfumadas, recogiendo las faldas para atraer la atención de las miradas masculinas, acentuando los contornos del cuerpo y luciendo los inquietos piececitos que taconeaban firme, travesando bajo los blancos encajes

de las enaguas almidonadas, muy orondas de merecer aunque solo fuese un fugitivo movimiento de deseo; y ellos correspondían á tales insinuaciones mirándolas con ojos codiciosos que bien claramente expresaban lo que los labios hipócritas ó torpes no se atrevían á decir.... Y todo este combate coquetón de pasiones incendiarias ocurría en plena calle, bajo los lujuriantes rayos del sol poniente.

¿Habría quién se santigué leyendo estas reflexiones trazadas al correr de la pluma? ¿Habría timorato que se atreva á negar lo que vemos en todas partes, lo que sentimos á todas horas; esos afrodisíacos efluvios, en fin, que la naturaleza nos ofrece en el agua que bebemos, en el vino que enardece la sangre, y en la luz que baña nuestras pupilas y caldea el cerebro?....

Tales eran mis pensamientos mientras contemplaba abstraído aquella multitud que pasaba, pasaba....

Cada uno de aquellos individuos era fruto bendito de una noche de amor, lazo dulcísimo que consolidó la unión de dos corazones, en los cuales la paternidad corroboró la obra fecunda que comenzó el deseo, y epílogo viviente pregonero de una novela pasional.... Sí, aquellos millares de hombres significaban otras tantas noches dedicadas á sabrosas vigiliadas, y eran herederos felices de otras generaciones que habían muerto después de haberse amado locamente....

No, la humanidad no desaparece aún, porque el ardor que los años apaga en los viejos, renace en los jóvenes con nuevo brío, en los animales, en las plantas, hasta en los mundos.... ¡quién sabe!.... como mágico resorte propulsor del universo.... Y viendo aquel espectáculo pensaba en que también en los teatros, en las plazas de toros, en el Cosso de Roma, en las calles de Londres, en los *boulevares* y hasta en los villorrios más apartados, habría otras multitudes, semejantes á la que entonces desfilaba delante de mí.

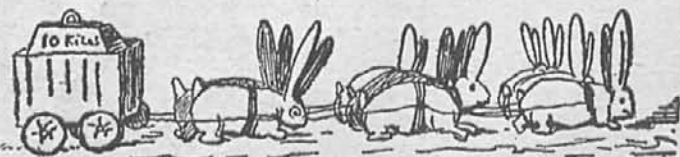
Sí; aquello era un reguero de vida, una arteria rota; y también un himno magnífico cantado en honor del placer y de la carne omnipotente.

Juan de MAÑARA

MENUDENCIA

Mi amigo don Juan Verdejo, que pasa de los sesenta, gran buscador de aventuras y admirador de las hembras, toca el cielo con las manos y se irrita y se lamenta porque le gustan las chicas más que cuando iba á la escuela, y siente que, como entonces, hierve la sangre, y se quema, y se le agitan los nervios y.... como sinó, morena. El dice que es una lástima que cuando tiene experiencia le coloque insuperables obstáculos la materia. Pero yo le digo siempre, para ver si se consuela, que hay que aguantar esas bromas de la sabia Providencia, que nos da la dentadura cuando nos bastan las berzas, y al apetecer la carne.... nos va quitando las muelas.

Sinesio DELGADO



Una carta de mujer

....Nunca sabrás cuánto me cuesta contestar á tu carta. No es que renueves en mí dolorosas memorias; es que al fijarlas para escribirte, caigo en la cuenta de que son memorias de cosas pasadas, cuando mi pen-



samiento no sabía diferenciar el recuerdo de la esperanza. De un largo amor que vive la vida entera del amor; con sus torpezas y balbuceos de niño, primero; con fogosos arrebatos de joven, después; reflexivo y prudente, más tarde; al cabo, fatigoso, desengañado, para morir como viejo, con cualquier pretexto más que de enfermedad; de este completo amor sólo

puede quedarnos el recuerdo que de los muertos queridos nos queda. Pero un amor que no ha envejecido ni ha muerto en nuestro corazón, un amor juvenil que sin tristezas ni desengaños ni cansancio huyó de nuestro lado, ¿cómo recordarlo sin que el recuerdo acaricie como una esperanza? Pasó... ¿para siempre? ¿Si era toda vida y juventud! ¿No le quedará vida para volver? ¿Dices que se acuerda de mí! ¿Como que asegura con su risa burlesca, esa risa que parece el llanto de los que no pueden llorar, que ha sido uno de los amores más largos de su vida! ¿Ocho días! Una eternidad para él, que cuenta los días por los amores. ¡Pobre amiga mía! ¿Crees seriamente que no es D. Juan tan temible para los hombres ni para las mujeres como pregona la fama escandalosa de sus aventuras? ¿Dices que en esa ciudad no ha dado muerte á nadie ni ha enloquecido á ninguna mujer? ¿Y si al final fueras tú la enloquecida, y tu digno esposo y señor el muerto? No burles con don Juan, no halagues tu vanidad de mujer juzgando que puedes humillarle y vengar con su humillación á cuantas infelices fuimos víctimas tuyas. D. Juan lleva en su alma todas las energías del hombre y todas las sutilezas de la mujer. En su alma ve reflejada la nuestra como en un espejo. Quieres fingir con él, y ganándote por la mano, antes de que tú llores, llora; antes de que le pidas celos, te da satisfacciones; antes de que tú puedas aparentar un dolorcillo de cabeza, te obligará á velar á su cabecera toda una noche, porque desencajado y convulso te dirá que ha tomado un tósigo. Con él no es posible prevenir quejas ni caricias, resistencias ni favores; siempre apercebido, te desconcierta, te enloquece, y en una hora jura y golpea como un rufián, y suspira madrigales como un trovador, y te acobarda, y se postra á tus pies, y blasfema, y reza, y ríe burlón, y llora como un niño.... No es un hombre, no; no es un amor; es todo el amor.... Desde que huyó de mi lado, á mi lado está siempre, rival de todos mis adoradores, impidiendo que un nuevo amor borre su amor de mi memoria. ¿Qué podrán decirme que él no me dijera? Cada uno de los que me enamoran es sólo un aspecto de D. Juan. Huye, huye de él si aún es tiempo; no le conoces, no sabes quién es.... Ya ves, al darme sus señas me dices que sus ojos son negros.... Yo estoy segura de que eran azules.

Jacinto BENAVENTE

HOMEOPATICAS

Te enfadas, Enriqueta, porque no te dedico una poesía, mi madre es el amor del alma mía y jamás la escribí ni una cuarteta.

Me ha pasado contigo, vida mía, lo mismo que al ladrón que descerraja afrontando peligros una caja, y la encuentra vacía.

Por mucho que lo juren, jamás creas en el valor de aquel que no ha luchado ni en la virtud de las mujeres feas.

Al mirar las señales tan recientes que tienes en tu cuello alabastrino, por más que le doy vueltas, no adivino cómo has podido en él clavar tus dientes.

¿Por qué vas á la iglesia tantas veces, si Dios que lo ve todo, ve tu pecho, y por mucho que, hipócrita, le reces, no te perdona el daño que me has hecho?

Enrique GIMÉNEZ de QUIRÓS



—¡Hija mía! ¿Es posible que hayas tenido valor para ponerte en relaciones con un negro?

—¿Pero, no sabes que estoy de luto?... Por lo demás, dormir con un negro equivale á descansar en brazos de la noche.

Lecturas

«...Mi Tenorio sigue haciendo víctimas», decía Zorrilla.

Es cierto: no hay nada que influya tanto como la lectura de un libro bueno, sean cual fuesen su espíritu y tendencias; y si el libro es una novela, una comedia,



un cuento o cualquiera otra obra de fácil comprensión, entonces su influjo es aún más eficaz, inmediato y duradero. Más conciencias han emancipado Bocaccio y Voltaire con sus burletas que Rousseau, y cuéntese que el talentoso filósofo ginebrino ha sido uno de los hombres que más influyeron en la historia de

la humanidad; más religiosos hizo Chateaubriand que Bossuet; más románticos melancólicos amamantó la labor literaria de Lamartine, que la misma desgracia; más calaveras educaron Byron y Alfredo de Musset, que el buen vino....

Sin duda que en todos los extravíos del carácter influyen como factores principalísimos la juventud, los amigos, el clima, la necesidad, el ejemplo de los padres.... Pero más, mucho más que todo eso, pueden las obras de la amena literatura. El libro, llámese su autor Rabelais ó Molière, Diderot, Goethe, Murger, Dumas, Víctor Hugo, Daudet, Zola ó Tolstoy, es el reflejo de un gran corazón, de un cerebro poderoso, el fonógrafo que devuelve los sentimientos y las ideas de un grande hombre.

El efecto que estas obras de arte ejercen sobre nosotros depende, como todo lo humano, de numerosas circunstancias: los libros que ayer nos divertieron mañana nos aburren, y muchas veces el éxito de una novela depende del momento histórico en que fué escrita y publicada.

Hoy, probablemente, Alejandro Dumas, padre de tantos folletines prodigiosos, no podría vivir de la pluma, por la misma contraria razón que el público que le enriqueció no hubiese comprendido las crudezas de la moderna escuela naturalista.

Mas, sea como fuere, el libro es arma poderosa y bisturí ladino y sutil que sabe deslizarse hasta el corazón y depositar en él la semilla que el autor quiso plantar. Los grandes artistas viven en sus obras, las sintieron intensamente, las redactaron poniendo en sus páginas gotas de su sangre y girones preciosos de su luminoso pensamiento, y el público se deja seducir por los encantos de lo que lee, y llora y ríe, y duda y cree, fascinado por las garras del genio que juguetea con él.

«De alegres cuentos y de chistes lleno, sobre aquel viejo armario está olvidado breve libro, impregnado de veneno»....

Exclama Víctor Hugo; y luego añade:

«¡Pobre niña infeliz! ¡Pobre hija de Eva! Voltaire ¡ay! la serpiente, la tentación, la duda, la ironía, se oculta en un rincón de tu aposento.... Con mirada satánica te espía, ¡y ya ríe contento!....»

La influencia de las lecturas es más trascendental en la mujer que en el hombre, porque su constitución es más delicada y por tanto más sensible é idónea para asimilar las ideas del autor y simpatizar con sus aficiones. Las mujeres, por el gran desarrollo que alcanza en ellas la vida afectiva, son propensas á reír, á llorar, á apasionarse, á todo aquello, en fin, que se siente y no se discute.

Sabido es que Pablo enamoraba á Francisca de Rímini leyéndola las aventuras de Lancelote, en cuya lectura estaban enfrascados cuando el esposo ofendido les dió muerte; y que Werther también se sirvió de los cantos de Ossian para conmovir el esquivo corazón de Carlota.... ¿Y de cuántos amoríos habrán sido zurdidores y alcahuetes habilísimos esos libros que forman la presea más rica y valiosa de la literatura universal?....

El vasto alcance psicológico que las novelas tienen en el ánimo femenino, se explica también recordando la existencia retraída y señera que la costumbre exige del recato de las mujeres.

La mujer, por descuidada que sea su instrucción, tiene el alma abierta á todas las sensaciones: se identifica con lo que lee hasta el punto de parecerle cierto cuanto refiere el autor: hay en su espíritu cuerdas de refinada sensibilidad, que responden con melódicas vibraciones de arpa á todos los arpeggios de la poesía; y en su corazón exquisiteces morales que saben interpretar las para nosotros inverosímiles y ridículas humoradas de la novela romántica; y en su carne ardores y nervios que sienten los libidinosos excesos y los cuadros, tal vez un tantico exagerados, de la escuela naturalista.

La virgen, ayuna como vive de toda impresión bastarda, lee ávidamente los libros que en sus manos pone el azar, codiciosa de averiguar los secretos de aquel mundo cuyo alegre rumor percibe á través de las puertas y de las rejas que la guardan. Aquel libro es la manzana prohibida, la mágica varita que ha de descubrir la los secretos venusíacos que su ardiente virginidad vislumbra á despecho de los albos trampantojos de la inocencia, la llavecilla de ese mundo ignorado en que viven los risoteros gnomos de la felicidad y del deleite....

La virgen lee y lee.... sorbiendo el veneno de la realidad con sus pupilas dilatadas: los capítulos se suceden á los capítulos, las escenas se multiplican. Allí aprende las socaliñas de que las mujeres se valen para interesar el tornadizo corazón de los hombres, y los





medios de que los conquistadores sagaces se sirven para rendir la virtud de las mujeres; allí averiguan por primera vez que no siempre las esposas son fieles á sus juramentos y que hay incalculables artimañas para burlar la vigilancia de los maridos celosos; allí conocen el placer de las citas, los secretos de la alcoba, las artes de que han de valerse para acrecentar su hermosura y ser más apetecibles; allí, en suma, pierden el candor de su espíritu mucho antes de sentir deshojada la virginidad de su cuerpo, y sus imaginaciones tempranas envejecen rápidamente escuchando la voz de la desencantada experiencia. Pues, como dijo Bartrina,

«Para matar la inocencia,
para envenenar la dicha,
es un gran puñal la pluma
y un gran veneno la tinta.»

Todas las mujeres de aquellos libros ponzoñosos, son frágiles; todos los hombres, apuestos, reñidores y enamorados; casi siempre los maridos son feos, y guapos los galanes que les afrentan...

Y la virgen cándida que estuvo devorando afanosa las páginas del libro hasta altas horas de la madrugada, se queda dormida sobre el sillón, soñando en conquistar para sí uno de aquellos mancebos ideales. Su esposo será así, como uno de esos juiciosos aventureros que siempre se casan con sus adoradas heroínas en el último capítulo de la narración...

Tales son los poéticos ensueños de las solteras. Años después, cuando se convencer de que muy raras veces la realidad corresponde á la ficción, porque ya se



han casado y conocen por sí mismas las ingratitudes y miserias de la vida.... también leen novelas, pero ¡ay! que ya no buscan en ellas al esposo, sino al amante que ha de ayudarlas á burlar al marido ingrato ó vulgar.

¡Cuántos se han suicidado después de leer Werther, la nefanda novela de Goethe! ¡Cuántas prostitutas ha hecho Manón! ¡Cuántas adúlteras se habrán arrepentido de su crimen después de conocer el triste y desgarrador desenlace de *Madame Bovary*!....

*
*
*

Hablando de esto recuerdo el monumento que un genial escultor erigió al inolvidable Guy de Maupassant en el Parque Monceau, de París.

Sobre una columna de mármol está el busto del cuentista inimitable, y á sus pies una mujer, reclinada indolentemente sobre un sofá, con el rostro apoyado en una mano, un libro sobre las rodillas y los ojos muy abiertos, en actitud de meditar.

¿Sueña en algún amor perdido? ¿Reza, duda?... ¡Quién sabe!....

SONETO

¡Qué ingratitud, Leonor! Cuando anhelante
me miro de tus ojos en las niñas,
me hablas de camelotes y basquiñas,
y pides que te compre un guardainfante.
¿No tienes con tus gracias ya bastante?
¿A qué con tanta profusión te aliñas?...
Voy á darte un consejo, aunque me riñas
y te ocurra tildarme de pedante.
De la alcachofa, dime: ¿qué prefieres?
Tu apetito el cogollo sólo anhela,
y las hojas de fuera no las quieres.
Pues, ¿sabes este ejemplo qué revela?...
Que cuando amamos más á las mujeres,
es cuando encima tienen menos tela.

Cuentos ajenos

EL BURLADOR BURLADO

Fué muy célebre lo que le ocurrió á un caballero de Borgoña, llamado Scandel. El tal caballero estaba casado con una dama de peregrina hermosura y recato, espejo clarísimo de las de su época, que de ella podían tomar ejemplo de virtudes. La esposa de Scandel era, como queda dicho, amén de virtuosa, un perfecto dechado de belleza; pero el caballero borgoñés, mal apreciador de las excelencias de su

mujer legítima, andaba buscando siempre en el árbol prohibido frutos con qué regalarse en los muchos ratos durante los cuales olvidaba sus deberes para con la familia.

—Tenía Clorinda, la gentil y honesta señora de que hablamos, una doncella, Filomena, que por lo expresivo y agraciado de su rostro merecía también ser admirada sinceramente. El ladino caballero Scandel puso, como era de preveer, cerco á la plaza que tan vecina de la propia suya estaba, y empezaron los insinuantes galanteos, las

frases sueltas, los obsequios y atenciones con que el linajado señor significaba los ardientes deseos que por los hechizos de la criada de su esposa sentía.

Al principio Filomena, toda ruborosa, no podía explicarse los propósitos de Scandel, pero en cuanto comprendió las verdaderas intenciones de su señor, de-

terminó resistir bravamente el asalto que contra su virtud se meditaba.

Pero Scandel no cejaba en sus pecaminosos empeños, y de tal modo multiplicaba sus tentativas, que Filomena hubo de referir á su señora el trance en que se veía, y cómo era perseguida continuamente por su amo.

Aquella confesión hizo llorar á Clorinda, ¡que es achaque frecuente en las mujeres el de verter lágrimas para aminorar los enojos!.... Y fueron muchos los que en el pecho sintió la esposa de Scandel al averiguar los torpes planes de su marido.

La dama y su doncella se entendieron, y pasados varios días, la dulce Filomena citó en su dormitorio al testarudo señor, advirtiéndole que fuera á las doce

de la noche, hora en que el marido de la sirviente estaría rondando por los bosques inmediatos al castillo, como guarda de ellos que era.

Grandísimo fué el regocijo de Scandel y empezó á disponer lo necesario para mejor disfrutar de su triunfo.

—Mira,—dijo á Clorinda:—esta noche voy á salir á cazar gamos.

—¿Gamos de noche? Estás loco.

—Gamos, sí. Unos gamos especiales que sólo pueden herirse en la sombra, apenas rasgada por el fulgor espectral de las estrellas.... Regresaré antes de amanecer. No tengas cuidado.

Dieron las doce de la noche. Scandel, recatándose cuidadosamente, penetró en la cámara que habitual-

mente ocupaban Filomena y su esposo. Antes de que rayase el día, el señor del castillo salió de la estancia entenebreceida aún por la noche, y se dirigió á sus habitaciones á tientas. No quería luz ninguna que pudiese denunciar su delito.

El tiempo transcurría y Scandel iba de un punto á otro sin hallar el camino que había de conducirle á la cámara en que seguramente le aguardaba su amante esposa. Cuando el cazador nocturno acertó con el camino que había perdido, ya la indecisa claridad del amanecer se entraba por las ventanas del castillo. Llegó á sus habitaciones, y al abrir la puerta, se encontró con que le cerraba el paso Leonardo, el guarda del bosque, el marido de Filomena.

No pudo Scandel entrar en su dormitorio, que quedó cerrado por dentro, y el marido infiel se vió de pronto sorprendido por una ofensa igual á la que acababa de causar. Imposible describir la desesperación de aquel hombre, que era simultáneamente ladrón y robado. Había agraviado á Leonardo, y Leonardo le agraviaba. Ofendía á su esposa, y su esposa le ofendía también. Igua- les los ultrajes, iguales las no apercibidas venganzas, iguales, completamente iguales, ambos pecaminosos sucesos.

A través de la puerta resonaban unas mal comprimidas carcajadas.

—¡Venganza, venganza!—gritó el señor deshonorado, y corrió hacia el cuarto de Filomena.

Al llegar Scandel á la habitación en donde pasó la noche, vió en la cama á Clorinda, á su misma esposa, la cual, con la sonrisa en los labios, dijo:

—¡Convendrás conmigo, esposo mío, en que á veces conviene cambiar de lecho con los criados!....

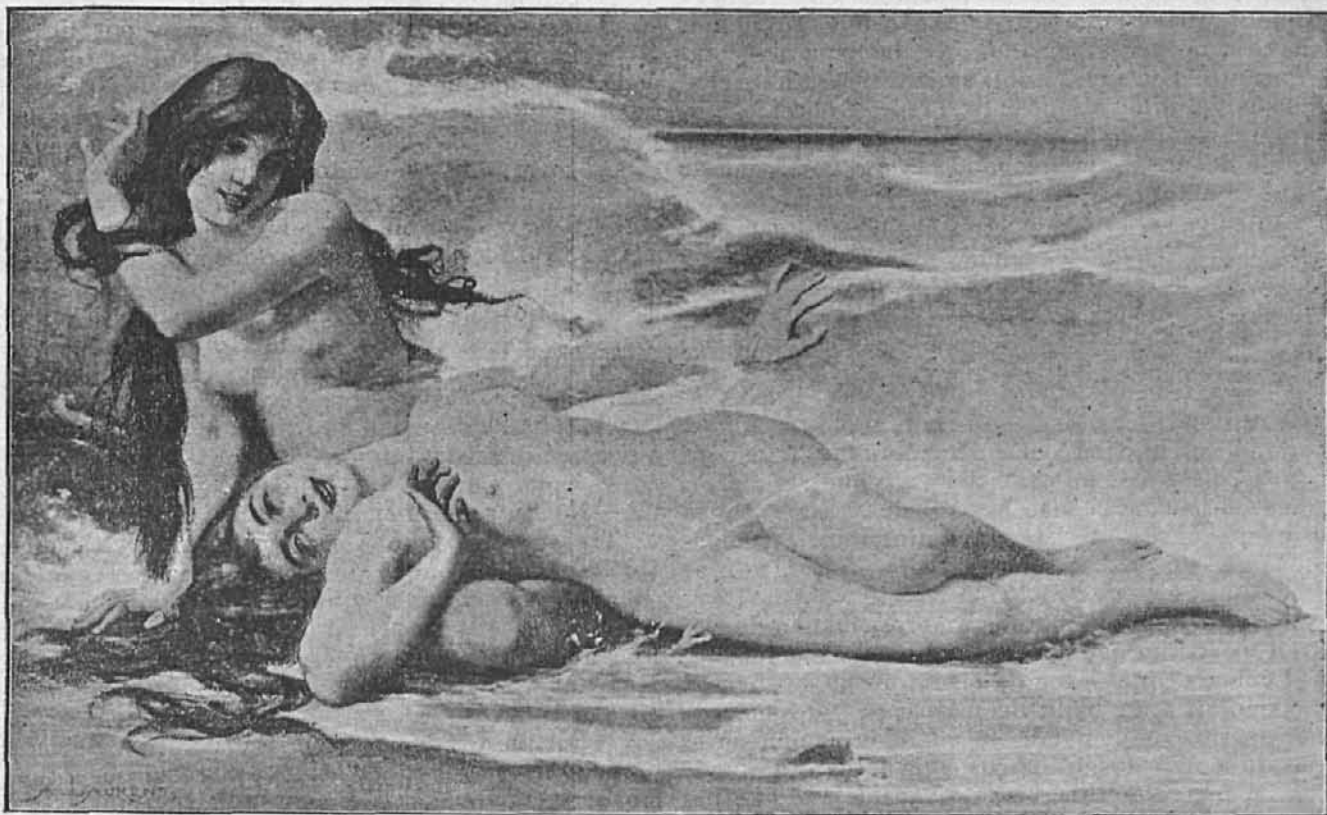
(Atribuido á Luis XI.—Siglo XV)



PARA DOS PERDICES....

—Dos entre dos, á una;
sale la cuenta.
—La de ustedes es fácil,
pero la nuestra....
—Si ustedes quieren
cenaremos reunidos.
—¡Ay!.... ¿Con ustedes?
—Nos metemos en Fornos
en un cuartito,
y yo ofrezco.... percebes.
—¡Yo langostinos!
—Yo no me atrevo....

¿Qué te parece, chica?
—Que yo no puedo....
Aunque mañana,
acuérdate, debemos
pagar la casa.
—¡Pues entonces, serranas,
hablemos claro!
Yo pagaré al casero
y adelantado.
—Bueno.... pagando....
¿Qué te parece, Rosa?
—¡Vamos andando!....



LAS CARICIAS DE LA OLA, por A. Laurens. (Salón de París.)

Los poetas han creído encontrar grandes semejanzas entre el mar y la mujer, y en sendos tomos de versos dedicados á poner á la más gentil y desvalida mitad del género humano como digan dueñas, afirmaron que, si bien el alma de la mujer es grande como el mar, no es menos cierto que también su corazón es, como el mar, siniestro y traidor. Pero volviendo al caño tales ofensas, por no hallarnos en sazón ni lugar para rebatirlas como merecen, convendremos en que realmente hay algunos puntos de semejanza entre la sugestiva impresión que el aspecto grandioso del mar determinó en nuestro ánimo, la primera vez que lo vimos, y la que en nosotros produjo la aparición de aquella mujer nata de lo mejor y esencia de lo bueno, que cada cual conoció en los verdes años juveniles para gloria ó tormento de su vida; esa mujer inolvidable, rival de las demás mujeres, lumínica que aminora el resplandor de los otros lumináres, sombra inmortal que enluta nuestras venturas de ogaño, como hálito melancólico que el pasado vanea sobre el presente para entristecerlo y deslustrarlo...

Porque las mujeres son el amor, y el amor, como el mar y como el cielo, es eterno y cosmopolita. Ya en este punto el espíritu humano recibe la impresión de lo sublime, sin poder deslindar los

grados que haya en ella de magnitud física ó de hermosura moral; siente, se conmueve intensamente, y nada más.... Todo ello son fases de la misma belleza arquetipa, aspectos del mismo ideal estético, infinito y eterno.

Fiel trasunto de lo apuntado es el precioso cuadro en que Laurens presenta á dos jóvenes desnudas y tendidas muellemente en un remanso de la playa, sobre la línea en que las olas van á estrellarse con ese quejido lastimero, inacabable, del abismo. Hay en este lienzo algo inexplicable que cautiva y que recuerda una poética leyenda alemana, titulada *La hija del mar*, según la cual una virgen, enamorada del Océano, se quedó dormida cierta noche en la playa y fué arrebatada por su amante. Las dos niñas, recibiendo en sus carnes desnudas las caricias de la ola, parecen entregarse á semejante divertimento con un placer voluptuosos. Aquellas mujeres y aquel mar bravo y traidor, representan dos hermosuras, dos grandezas, dos poderes incontrastables; el poder del terrible elemento que ciñe á la tierra y libra con ella ese combate sin tregua ni relajo que todos los siglos han presenciado; y la fuerza de Su Magestad el Amor, tirano universal y todopoderoso.

El cuarto de hora



....Juanita Torner le había robado el juicio con la salsa y pique de su geniecillo cascabelero, su nariz apicarada, sus ojos negros preñados de arrebatos agarenos, su cabellera fuerte y crespa, y su color cetrino de gitana ardiente; era una de esas hembras diabólicas que á cada nueva posesión descubren ternuras y hechizos que al principio estuvieron velados por otros de mayor bulto y cuantía, y luego fueron apareciendo fingiendo al deseo el torturador antojo de una mujer de ensueño y embeleco, que no puede gozarse nunca... Aquello parecía lo *inapresable*, el espíritu de la belleza misma hecho carne, la desesperante quimera de las ninfas siempre vírgenes forjada por los mirajes embusteros del inquieto deseo.

En la enfermiza exaltación de aquel cariño influía no poco la situación de Juanita Torner, casada con un viejo celoso muy ducho en lides amorosas, y las dificultades que Roberto había de vencer para dar vado á las exigencias de su deseo. Se veían á salto de mata, abrazándose y separándose enseguida, como pajarillos en-

celados que se acarician en la punta de una rama; y tras aquel fugitivo momento de expansión venían días inacabables, á veces semanas de dolorosa expectación, durante las cuales los dos amantes habían de contentarse con el billetito incendiario que Roberto deslizaba furtivamente en la mano de Juanita los domingos, á la salida de misa, aprovechando la aglomeración de fieles que se agolpaban en la puerta.

En aquellos billetes conque mutuamente se consolaban, Roberto empleaba el descompuesto lenguaje de los locos: ella le respondía con esa mansedumbre de las mujeres acostumbradas á resignarse, y sus cartas siempre envolvían una dulce esperanza que raras veces obtuvo inmediata realización.

....«Tus extremos me hacen sufrir mucho—decía;—ten más resignación, más fe en el porvenir, y aprende, bien mío, á sufrir como yo sufro. Mañana, á las seis de la tarde, pasa por mi calle; yo estaré detrás de los cristales del balcón: si saco el pañuelo vuelves por la noche y entras; si no te hago seña ninguna.... ¡paciencia!.... es que mis cábalas han fallado. Adiós, te beso en la boca....»

Aquellas citas mantenían la amorosa afición de Roberto en perpetuo jaque: acudía á ellas emocionado, como el colegial que se fuga á media noche de su casa para concurrir á un baile de máscaras, y después de mucho esperar componiendo en su imaginación series prolijas de sonrosados arabescos, veía á Juanita, que le miraba tristemente y luego se retiraba dejando caer el bisillo y sin decirle nada. Así pasaban los días y fueron muchas las semanas en que no pudo obtener hasta el sábado por la noche, lo que el lunes por la tarde le prometieron.

Aquellas ocasiones que ambos enamorados asían, como por los cabellos, para verse, eran insuficientes: duraban diez minutos, quince, á lo sumo.... y Roberto se marchaba más enamorado que nunca, creyendo que su amada de hoy atesoraba más encantos y ardimientos que su amada de ayer; y como este fenómeno se repitió varias veces y él no tenía sosiego ni espacio para confirmar la verdad de sus imaginaciones, llegó á convencerse de que Juanita Torner era como mágico Proteo del deleite, que cien veces cambia si otras tantas se rinde, y que dentro de su unidad guardaba y escondía tantas variedades que no podrían encerrarse en guarismos con ser inacabable la serie de los números.

Para despejar aquella incógnita necesitaba verla minuciosamente, oírle hablar unos momentos, ¡un cuarto de hora!.... Ese divino cuarto de hora en que los sabios conquistan la gloria y los especuladores la fortuna y los amantes el supino placer.... Instante solemne que, después de pasar, no vuelve nunca....

Y para Roberto, el cuarto de hora de su amor no había llegado aún.

* *

Eran pasados muchos meses, muchos.... cuando la ocasión deseada se presentó poniendo término novelesco á aquella espera inacabable.

El marido de Juana estaba concluyendo de vestirse para salir: le habían invitado á escuchar la lectura de una comedia que un amigo suyo acaba de escribir y de la cual se hablaba mucho en el saloncillo de los teatros. La reunión empezaba á las nueve en punto, concurrían á ella varios novelistas y actores de gran cartel, y, tratándose de individuos de tanto fuste, no era cortés hacerse esperar.

—¿Tardarás mucho?—repetía la joven.

—No; entre doce y doce y media, estoy aquí.... ¡Adiós!....

—Te espero, ¿sabes?... te espero....

Y mientras el marido se marchaba por un lado, Roberto, que le espiaba, llegó por el otro. Juanita le condujo al gabinete y en tanto la doncella, ladina confidente y protectora de aquel enredijo, preparaba sobre el velador un ligero pisco-labis, los dos enamorados reían, reían, con ese candor pueril de los dichosos.

—Las diez, las once, las doce, ¡tres horas!—exclamaba Roberto mirando su reloj;—¡si parece imposible que en tan poco tiempo quepan los anhelos más grandes de mi vida!....

La doncella se había retirado cerrando la puerta y corriendo los cortinajes, y Roberto aproximó el velador al sofá: en medio de los platos bien surtidos de jamón en dulce, pastas y otras sabrosas golosinas, había una botella de Jerez añejo brillando á la luz del quinqué como una barra de oro.

—Anda, empieza tú—dijo ella.

—No; tú eres quien debes dar ejemplo....

Trasgararon algunas copitas de vino y tornaron á abrazarse, con lo que dieron comienzo á las *sublimes puerilidades* del amor; y hubo aquello de comer en un mismo plato y de beber en la misma copa, y de hablar continuamente y sin *sindéresis* de todo y de nada....

Estaban sentados en el sofá, cogidos de las manos, mirándose á los ojos, confundiendo sus alientos....

—Por fin estás como yo deseaba—decía Roberto;—y puedo mirarte á mi sabor, y recrearme con tus palabras y emborracharme con tu hermosura.... y descansar después junto á ti de la embriaguez que tu belleza me produzca....

Entre tanto los relojes proseguían su marcha imperturbables, llevándose en el engranaje de sus máquinas girones de felicidad.

—¡Así quería yo tenerte—repetía Roberto,—así!...

El quinqué colocado sobre el piano, bañaba la habitación en una luz ténue y soñolienta que batallaba con la obscuridad que invadía los ángulos; sobre el velador quedaban los restos del festín y la botella de Jerez casi vacía; por los cortinones entreabiertos del dormitorio se veía la cabecera de un lecho, alto, dorado y soberbio, como un trono oriental. El cuarto de hora del supremo deleite se acercaba....

La joven se había puesto de pie, con los brazos caídos y la gentil cabeza echada hacia atrás, en la voluptuosa actitud de una diosa pagana. Roberto, cogiéndola por las manos, la arrastraba suavemente. El dorado instante del codiciado bien estaba allí, tras los cortinajes.... Juanita Torner, excitada por el vino, se abandonaba, lanzándose al peligro con una dulce inconsciencia de sonámbula. La mujer prudente había desaparecido en ella, y quedaba la hembra bravia, sensual, que quiere entregarse....

En aquel momento dramático resonó un campanillazo y se oyeron los pasos precipitados de la doncella que se acercaba sigilosamente. Después la puerta del gabinete se abrió y apareció la sirvienta con los labios lívidos de terror.

—Señora—balbuceó—el señor....

La joven, con ese valor que las mujeres demuestran en las ocasiones difíciles, se rehizo prontamente, y mientras la doncella iba á abrir, Juana indicó á Roberto con un ademán la puertecilla de escape: ni siquiera tuvieron tiempo de despedirse y el joven huyó desapareciendo en las tinieblas del dormitorio....

—¿Cómo, eres tú?—exclamó Juanita al ver á su marido;—¡cuánto me alegro!.... Me encuentras levantada porque me dolía el estómago y no quise acostarme sin antes comer algo....

Le había echado los brazos al cuello y le besaba

amorosamente, excitada aún por el recuerdo de su amante. El la abrazó también, muy ufano de verse tan agasajado; y mientras la joven le ayudaba á quitarse el gabán y á descalzarse las botas, el feliz esposo murmuraba:

—¿No sabes? ¡Me he aburrido! ¡Vaya una comedia! ¡Y á eso llaman escribir!.... ¡Qué diálogos tan soporíferos, qué estilo tan premioso, qué símiles tan resobados, qué chistes tan recalentados y qué argumento! ¡Eso sobre todo!....

Acababa de quitarse el chaleco y tuvo que interrumpir sus explicaciones sofocado por Juana, que le besó en los labios.

—¡Qué argumento, qué asunto tan viejo!.... ¡El eterno asunto de que en este mundo, lleno de incongruencias, todo anda del revés y que, generalmente, los tontos calientan las castañas que otros han de comerse!.... ¿Eh?.... ¿Qué te parece?....

Ella lanzó una carcajada corta, impúdica, y repuso:

—Que has acertado, pero completamente, créeme... ¡Vamos á dormir!.

Y el malaventurado Roberto, que logró escapar de su escondrijo sin ser visto de nadie, salía á la calle maldiciendo y pensando en aquel fiero sarcasmo del Destino, que le había burlado trocando el cuarto de hora de la suma felicidad, en el menguado cuarto de hora de la suprema ridiculez.

Eduardo ZAMACOIS



RÁPIDA

MI PARAÍSO

He aquí cómo me represento la dicha suprema: un gran edificio cuadrado sin ventanas á la calle; un gran patio rodeado de columnas de mármol blanco; en el centro una fuente de cristal con un surtidor de plata viva de estilo árabe; granados y naranjos colocados alternativamente; encima un cielo muy azul y un sol muy amarillo; grandes lebreles durmiendo aquí y allá; de rato en rato negros descalzos con anillos de oro en las piernas, bellas siervas blancas y esbeltas vestidas rica y caprichosamente, pasarían por entre las columnas con alguna cesta al brazo ó alguna ánfora sobre la cabeza.... Yo allí, inmóvil y silencioso, bajo un óxcel magnífico rodeado de pilas de cogines, un gran león favorito bajo mi brazo, los pechos desnudos de una joven esclava bajo mis pies, á manera de escabel, y fumando opio en una gran pipa de jade.... No puedo figurarme el paraíso de otra manera, y si Dios quiere que vaya á él después de mi muerte, me ha de mandar edificar en el rincón de alguna estrella un pequeño kiosco según este plano. El paraíso, tal como me dicen que es, me parece demasiado musical, y confieso con la mayor humildad que me creo perfectamente incapaz de soportar una sonata que durase diez mil años. Ya véis, pues, cuál es mi Eldorado, mi tierra prometida: es un sueño como otro cualquiera, pero lo que tiene de especial es que no introduzo en él ninguna figura conocida, que ninguno de mis amigos ha traspasado el umbral de este palacio imaginario, que ninguna de las mujeres que he poseído se ha sentido junto á mí sobre el terciopelo de los cogines. Me hallo sólo en medio de mis ensueños; todas estas figuras de mujeres, todas estas graciosas sombras de jóvenes con que lo pueblo, no han sido amadas nunca por mí ni he supuesto á ninguna de ellas enamoradas de mí tampoco: en aquel

fantástico serrallo no me he creado sultana favorita; hay negras, mulatas, judías de piel azulada y cabellos rojos; griegas y circasianas, españolas é inglesas; pero para mí no son más que símbolos de color y de dibujo, y las tengo como se tiene un gran surtido de vinos en la bodega y toda clase de colibris en una colección: son máquinas de placer, cuadros que no necesitan marco, estatuas que acuden cuando se las llama para contemplarlas más de cerca. Una mujer tiene sobre una estatua la incontestable ventaja de que se vuelve sola del lado que uno quiere, mientras que con la última es menester, para examinarla, dar vueltas á su alrededor, lo cual fatiga.

Teófilo GAUTIER

EL ESCRÚPULO

Religioso y moral, el lindo Tircis tuvo ciertos escrúpulos un día, y al salir de la iglesia, dirigióse á la celda de un sabio carmelita.

—Padre mío—le dijo—ha muchos años que el Niño Amor mi espíritu esclaviza, y rubias y morenas, bajas y altas, todas se rinden á las ansias mías.

Aunque á todas adoro yo establezco alguna diferencia entre ellas mismas, y es esta diferencia el solo escrúpulo que ha tiempo la conciencia me atosiga.

Yo no acepté jamás una moneda de ninguna mujer joven y linda; pero á las viejas, reverendo padre, hago pagar muy caras mis caricias.

De Luz y Sol y mil que no recuerdo tranquilo he consumado la ruina....

Ahora, decidme: ¿Puedo yo, en conciencia, guardar este caudal, ó es cosa indigna?....

Mascullando el asunto allá entre dientes quedóse un rato el sabio carmelita, y al fin, como inspirado, así contesta, plácido el ademán, la voz tranquila:

—Todo trabajo tiene su salario, y á todo el que pecó se le castiga. Guardad ese dinero, justo premio de largas horas de tenaz vigilia.

¡Pero, escuchadme aún! Siendo preciso devolver su dinero á esas familias, si allá en la edad proveya, temeroso, sin fuerzas ya, sin brillo en la pupila, sin juvenil arranque y sin belleza, el fuego del amor aún os domina, con el dinero que las madres dieron.... ¡pagadles sus favores á las hijas!....

DESDE PARÍS

EL BARÓN HARDEN-HICKEY

El telégrafo acaba de notificar la muerte del barón Harden-Hickey, célebre aventurero americano que se suicidó el miércoles último en su hotel de El Pajo.

—En un mismo día he perdido—exclamaba Aureliano Scholl en la redacción de *Le Journal*—á Fernando Fabre, Tony Révillon y á Harden-Hickey; ¡dentro de poco tiempo ya no podré tutear á nadie!....

Harden-Hickey unía al espíritu aventurero de un Byron ó de un conde de Maistre, la intransigente exaltación política de un Rochefort, y fué simultáneamente bohemio, galanteador, pendenciero y periodista de los más ternes.

Este fantástico americano nació en Boston, allá por el año de 1852 y siendo aún muy joven visitó las ciudades más importantes de la América del Sur, estuvo en la Tierra de Fuego y luego se embarcó para Australia, sin otro propósito que el de dar suelta y cordeles á los caprichos de su carácter vagamundo. Una vez allí y venciendo no pocas dificultades pecuniarias, porque su padre se negaba á seguir enviándole las grandes sumas de dinero conque hasta entonces le había socorrido, se embarcó para Nueva Zelanda y después para Calcuta, llegando á prolongar su viaje, merced á la oportuna protección del capitán de un vapor mercante inglés, hasta las costas de Zancibar.

Los que entonces le conocieron aseguran que no podía fantasearse tipo más original que el de aquel

jovenzuelo de veinte años, alto, membrudo, con el semblante curtido por los aires del mar y los rigores del sol, y el aspecto de un hombre corrido; fuerte como un acróbata y tan práctico en los ejercicios venatorios, que merecía parangonarse con los cazadores indios más expertos. Fué, en suma, desde muy temprano, un temible bohemio de los bosques, que podía cantar, como el salvaje de *El último figurín*:

En Mozambique
cambié de trajes,
y fui cacique
de mil salvajes.
Entre hotentotes
me he acostumbrado
á los guisotes
de negro asado.
Y aunque os asombre,
soy más feliz
comiendo un hombre
que una perdiz....

Después de aquella accidentada peregrinación que acababa de poner á la novela de su vida un interesante prólogo, Harden-Hickey llegó á París á fines de 1873, para seguir la carrera militar. Entonces tenía veintiún años.

Sin embargo, luego de haber aprobado algunos cursos en la academia de *Saint-Cyr*, se dejó cautivar por la vida alegre de los *boulevares* y se estableció definitivamente en París; y como su espíritu inquieto no podía sossegar, fundó *Le Triboulet*, periódico exaltado defensor de los principios monárquicos. En aquella época Harden-Hickey, que había comprado un título de conde romano, se presentaba en los banquetes realistas derrochando un fausto oriental; fundó, amén de *Le Triboulet*, *L'Événement*, que sostuvo terribles campañas desde 1880 á 1882, y se captó la animadversión de Scholl, Edmundo About y otros publicistas que no podían comprender el extemporáneo fanatismo monárquico del turbulento americano.

Harden-Hickey que, según decían sus contemporáneos, llevaba una flor de lis en vez de bastón, se batía, por lo menos, una vez al mes; y M. Taine, M. de Cyon, M. Lavertujon y M. Felipe Dubois, tuvieron con él sangrientos desafíos. El encuentro, no obstante, que merece mención especial, es el de Aureliano Scholl, que duró varias semanas. Scholl fué tres veces desde París á Bruselas, en donde Harden-Hickey se había refugiado burlando las consecuencias de un proceso que instruían contra él Grévy, Gambetta y León Say.

Los dos rivales se encontraron por primera vez en la sombría avenida de un parque, á las seis de la tarde.

—¡Pero si ya es de noche!—exclamó Scholl;—¡ni siquiera veo la punta de mi florete! ¿Quiere usted que aplacemos el lance para mañana?....

Harden-Hickey no se conformó, los padrinos que le acompañaban se pusieron de su parte y Aureliano Scholl lo hubiese pasado muy mal sin la intervención de algunos paseantes. El encuentro definitivo entre ambos contendientes se verificó al mes siguiente sobre la frontera de Holanda, en los alrededores de Malmédy. El lance duró cinco cuartos de hora.

—Nunca me he encontrado con un rival de tanta talla, confiesa Aureliano Scholl con loable ingenuidad:—tiraba maravillosamente; después de una hora la manga de mi camisa estaba hecha girones y su pantalón destrozado. La lucha duró hasta que los gendarmes nos separaron. Desde entonces hemos llegado á ser los mejores amigos del mundo....

Le Triboulet, que se publicó desde 1879 á 1889, sucumbió víctima de las denuncias; tuvo 114 procesos y pagó innumerables multas por valor de más de 300,000 francos.

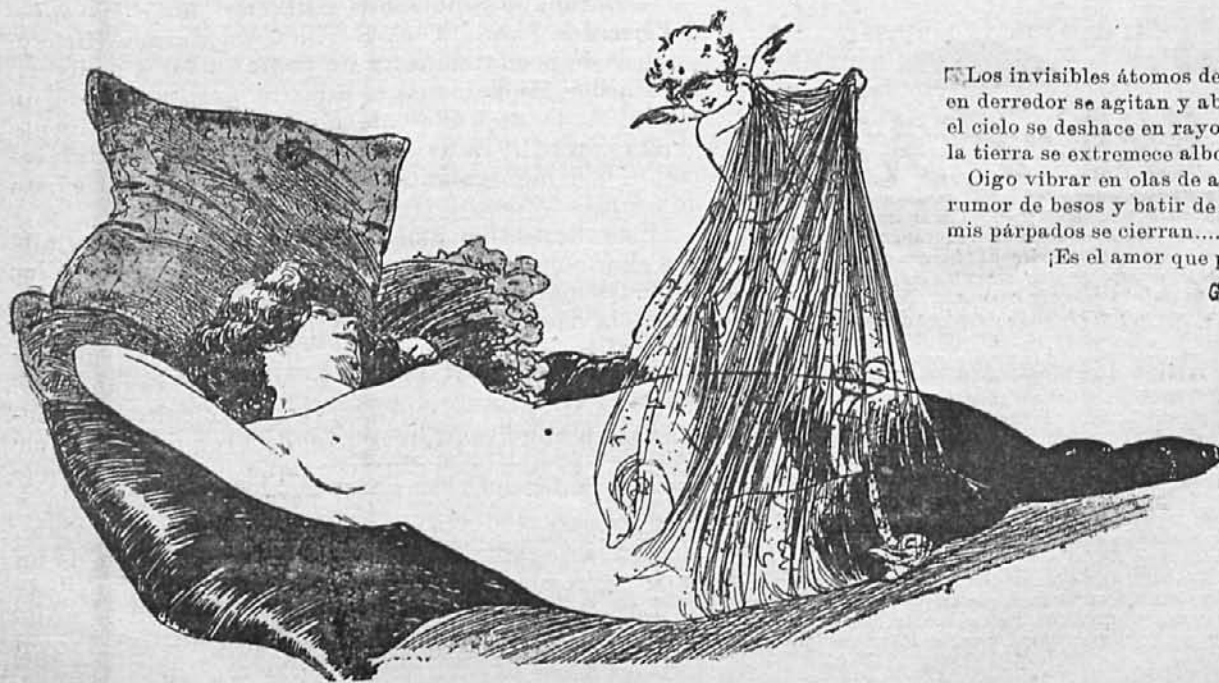
Como si estos enredos no fuesen capaces de fatigar y de rendir el carácter más batallador, Harden-Hickey se divorció de su mujer, encantadora joven hija de una señora italiana de alto rango, compró un título de Barón y se lanzó á la vida galante con tal brío y fortuna, que es probable que muchas mujeres de París, burladas por el arriscado D. Juan ultramarino, no le hayan olvidado aún....

Ultimamente Harden-Hickey quiso concluir su existencia, hecho un nabab, y desembarcó en la isla Trinidad acompañado de una pequeña escolta, compuesta de cinco ó seis soldados, tres criados negros y dos secretarios. Pero sin duda el hastío acorraló al famoso *boulevardier* en su solitario retiro y desesperado de no poder renovar sus amoríos y sus caballerescos empeños de otros tiempos, se ha suicidado disparándose un tiro en la sien.

Anoche eran muchos los que hablaban de él, recordando sus aficiones, sus palabras, como si la sombra ensangrentada del Barón hubiese pasado por los *boulevares* para despedirse de todo lo que amó. ¡Pobre don Juan caído!.... ¡Descanse en paz!....

UN BOULEVARDIER

París, 4 Diciembre.



Los invisibles átomos del aire
en derredor se agitan y abrillantan;
el cielo se deshace en rayos de oro,
la tierra se extremece alborozada.
Oigo vibrar en olas de armonía
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran.... ¿qué sucede?....
¡Es el amor que pasa!

G. A. BECQUER

NOVEDADES

Tenemos la satisfacción de anunciar que en uno de los próximos números empezaremos á insertar los artículos que nos tiene ofrecidos una notabilísima escritora que encubre modestamente su verdadera personalidad bajo el pseudónimo de Consuelo Santoña.

Consuelo Santoña reúne méritos excepcionales: es mujer que ha viajado bastante y sabido aprovecharse de lo mucho que los viajes enseñan; y suma, á un extraordinario don de gentes que esclaviza las simpatías, esa intuición inexplicable de la vida que permite conocer el verdadero mérito de los hombres á la primera ojeada, y dar á las palabras y á las acciones su justo alcance.

A nuestra insigne colaboradora nadie la conoce: ha publicado una parte inapreciable de lo mucho que ha escrito, y sus libros permanecen inéditos cumpliendo, apesar de su depurado mérito literario, el precepto de Horacio. Los artículos á que ahora nos referimos son páginas dispersas de una interesante autobiografía en que la eximia escritora trabaja desde hace tiempo; y aunque no tuviesen la forma intachable en que van arropados como en rico y vistoso manto de seda, y careciesen de la profundidad de conceptos y la encantadora novedad de las observaciones que en ellos campean, tendrían el mérito de ser retazos de una existencia, capítulos de una historia, episodios vividos con esa intensidad con que la juventud siente sus pasiones, y arsenal riquísimo, por ende, de datos para conocer los misterios de la psicología amorosa de la mujer.

**

Y además de esta novedad, de cuyo regalado sabor artístico respondemos, publicaremos retratos y biografías de Safo, Cleopatra, Aspasia, Julia, Fulvia, Livia, Pompadour, Sofía, etc., y otras muchas mujeres de diversas épocas y países que han merecido ocupar puestos de gran distinción en los anales del amor.

Finalmente, un querido compañero, muy ducho en materias filosóficas, está preparando una serie de interesantes trabajos relativos á la brujería, la magia, el satanismo y otras preocupaciones estrechamente ligadas con el amor y sus enfermedades.

Por hoy, no va más.



El señor de.... dice que su suegra es una señora encantadora.

La pobre mujer cayó gravemente enferma y el médico de cabecera, no sabiendo cómo arreglárselas para dominar la enfermedad, creyó oportuno celebrar una junta de médicos. Acudieron, en efecto, cuatro ó cinco compañeros suyos, y tras mucho discutir convinieron en que, por el momento, no podían determinar con exactitud el lugar en que la enfermedad radicaba.

—Pues nada, señores—exclamó el yerno—si uste-

des creen necesario practicar la autopsia, por mí, no hay inconveniente ninguno.

Lunares en la cara,
lunares en el cuello,
lunares en los brazos,
lunares en el pecho
y lunares, en fin, en todas partes....
¡Lunares en el alma y en el cuerpo!

Un pasajero se paseaba por la cubierta de un vapor frotándose las manos y dando señales inequívocas de regocijo.

—¿Qué ocurre?—le preguntó una señora?]

—Que se ha declarado á bordo la fiebre amarilla.

—¿Y por eso está usted tan satisfecho?

—Sí, señora; porque de ese modo, ó me muero ó enviudo.... ¡y, todo es descansar!....

Dicen que eran tan galantes
nuestros antiguos abuelos,
que jamás á las mujeres
osaban hacer un feo.
Yo, que de aquellos señores
he tratado á muchos nietos,
digo:—Si no los hacían,
¿de dónde vienen los feos?

**

La hermosa Estefanía
ya no podrá escribir lo que escribía
el valiente guerrero,
rey Francisco primero,
después de la batalla de Pavia.

A. PÉREZ de la GREDÁ

—Le aseguro á usted que somos una familia de artistas.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor; las obras las componemos entre todos: mi hermano mayor escribe el libreto, mi segundo hermano compone la música, un tercero la ejecuta en el piano y yo la canto.

—Y, oiga, ¿los que les silban á ustedes son también de la familia?

Delante del cuartel de Inválidos.

Un niño pregunta á su mamá:

—¿Dime, por qué á ese militar le han cortado los dos brazos?

—Porque cuando chiquitín siempre estaba metiéndose los dedos en las narices.

Como cosa natural
á coro dice la gente
que goza el médico Puente
de renombre universal.

Y están los que hablan así
en lo cierto, y yo me fundo
en que es en el otro mundo
tan popular como aquí.

En el paraíso del Teatro Real en una noche de estreno.

Diálogo entre un caballero y una joven que se halla en la fila posterior inmediata:

El.—Yo conozco esta pierna.

Ella.—¡¡Caballero!!

El.—¡Oh, perdone usted!.... Creí que era una pierna amiga.

R. S. LÓPEZ, IMPRESOR.

Lo que manda el jefe



—¡Gil!... Vete enseguida á casa de doña Isidora y pon este ramo de flores á los pies de mi novia, cuyos divinos piecitos besarás, en mi nombre, respetuosamente.

—Bien, mi coronel.



...La estupefacción de la joven llegó al colmo cuando vió que aquel zamacuco se disponía á besarla los pies. Entonces echó á correr perseguida de cerca por Gil, que repetía:

—¡Me lo ha dicho el coronel!



Gil, que era un muchacho inocentón y esclavo de la ordenanza, salió á la calle resuelto á cumplir lo que su jefe le había ordenado.

—Señorita,—dijo cuadrándose militarmente,—el coronel me ha dicho que pusiera este ramo de flores á los pies de usted.



Tras una breve lucha, el obediente soldado logró derribar á su perseguida sobre un sofá, y la besó repetidas veces los pies sin fijarse en las íntimas desnudeces que la atortolada niña descubría. Después se marchó satisfechísimo de haber cumplido con lo que manda el jefe.

AGENCIA DE ADUANAS

DE LA
VIUDA DE ORFILA, CERT, CREUS Y DOMENECH

SOCIEDAD EN COMANDITA

Teléfono 966.—Parque, 3.—Barcelona

Transportes marítimos y terrestres

Agentes de los vapores Tintoré y Compañía

Y DE LA
COMPAÑÍA HISPANO-ARGELINA

RAIMUNDI Y COMP.^A

ARIBAU, 24.—GRACIA

Esta casa se encarga de la ilustración de toda clase de obras, revistas y periódicos.

• Zincografías • fotograbados • autotipias •

Enfermedades secretas y herpes

Su curación es pronta, segura y radical por crónica que sea la enfermedad, con un tratamiento inofensivo y eficaz.

Dirigirse: Aribau, 12, farmacia. Barcelona.

JOB Pedid el papel JOB

Es el mejor y el más higiénico

DEPÓSITO: Rambla Canaletas, 5, 1.º, 1.ª. Barcelona.

FUERA SÁNDALO

El antiguo MATA-FLUJOS PARA DELL al copaibato cálcico, cura en ambos sexos los flujos secretos. Recientes en 15 días con el Mataflujos núm. 1. Crónicos y gota militar en 48 horas con el número 2, sin quedar la molesta gota que deja el sándalo y flujo blanco en la mujer (con ó sin dolo de cor) en 15 días con el Mataflujos núm. 3. Cortes (Granvía), 151, farmacia de dos puertas y Rambla de las Flores, 4. Centro de especialidades.

Chocolate JUNCOSA

FERNANDO VII, NÚM. 10.—BARCELONA

Exportación á provincias y ultramar